

mo contrapunto natural, con Reyes asciende también el interés por el conocimiento de lo que en la literatura de los países herederos del idioma español en América, tenga sabor y pigmento estéticos y sirva al mismo tiempo como muestrario de folk-lore y vitrina de lo popular y de lo culto; en la obra de Reyes aparece confundida la línea de lo español y de lo americano, en gozoso concierto, enseñándonos de esta suerte el escritor mexicano, que de ese providencial "amasijo" el pan intelectual que resulta sabe deliciosamente; con Reyes aprendemos que la crítica literaria es una labor noble y difícil, cuyo cumplimiento cabal reclama la posesión de ciertas condiciones que no son exactamente las de mayor vigencia en el mundo de las letras hispanoamericanas, a saber: honestidad del criterio, responsabilidad intelectual, suave intransigencia para no admitir el gato cuando pedimos la liebre; desdén por la pedantería; generosidad, sobre todo generosidad, que no equivale a bobería y compromiso y compadrazgo; en los libros de Reyes, finalmente, hallamos a un espíritu solicitado por la gracia recóndita que alienta en todas las cosas; nos encontramos con la Poesía y con el poeta. La poesía de Reyes injerta la más sabrosa y más pura tradición española —Berceo, Garcilazo, Lope, Manrique, Santillana— en el joven árbol de la poesía americana de nuestro tiempo. A la floresta nueva trae la antigua y maravillosa semilla.

Hernando TÉLLEZ.

*El Liberal*, de Bogotá,

Colombia.

## ALFONSO REYES

Hace treinta y cinco años que Alfonso Reyes, obediente a un destino amable, se consagró a la literatura. Desde un principio lo atrajeron todas las formas que se acomodaban a los perfiles de su espíritu: el cuento, la poesía, el ensayo, la crítica. Y en todas, con secreto instinto y raro poder, ha ido dejando constancia de su vocación y de su arte.

Inaugura su carrera literaria con un bello libro, *Cuestiones estéticas* (1911), que tenía la fuerza sutil de la vida que comienza, la inteligente curiosidad de la juventud y un humanismo palpitante en que había tanto de adivinación como de doctrina. Sigue después la época de Madrid: el momento más feliz y fecundo de la primera etapa de su carrera. La vida, más sabia que cruel, lo obligó a vivir de su oficio. De entonces son —además de los artículos y ensayos que forman los tres primeros volúmenes de *Simpatías y diferencias* (1921-1922), los *Retratos reales e imaginarios* (1920) y una serie de importantes trabajos de erudición y crítica— los *Cartones de Madrid* (1917), cuadros intensos y rápidos de la vida española que, como los geniales apuntes de los pintores, representan un estado puro de la emoción que suele perder su calidad en las obras más acabadas, y la *Visión de Anáhuac* (1915), un ensayo perfecto en sus líneas tan puras y precisas, en su equilibrado poder de evocación y síntesis. Por ese tiempo publicó también *El plano oblicuo* (1920) y *El cazador* (1921), que contienen muchas páginas escritas en México: cuentos y fantasías en que ha logrado expresar situaciones cuya realidad se confunde con los sueños olvidados y momentos irreversibles de autobiografía espiritual. A la época de España pertenece también su poema dramático *Ifigenia cruel* (1923), que tiene la severa y noble gracia de una escultura griega arcaica, y cuya corriente lírica anima las aguas del mito clásico.

Después de Madrid sigue un período de descanso: bien mere-

cido lo tenía. Un descanso que fue como la reorganización de las fuerzas después de una batalla victoriosa. La vocación y el gusto acomodaron el trabajo a un ritmo más placentero y libre, y fueron dejando caer, sin prisa pero sin reposo, libros preciosos que, como preciosos, apenas fatigaban las prensas. Quietud atenta y dulce en que se maduran los frutos, porque Alfonso Reyes pudo decir entonces, como Don Domingo de Don Blas:

Y cuanto más me acomodo  
cuando inquietudes no tengo,  
tantas más fuerzas prevengo  
a mi valor para todo.

Y un día, ya de regreso en México y cuando sus amigos impacientes empezábamos a reclamar lo que debía a su público, inaugura la tercera etapa de su carrera con admirable vigor y lucidez. En unos cuantos años publica obras que por su método, doctrina y estilo rebasan en mucho el nivel a que, en estos campos, estábamos acostumbrados en Hispanoamérica. *La crítica en la edad ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942) son dos libros magistrales cuya penetración, familiaridad con el tema y elegancia ideológica, renuevan el sentido de los problemas que tratan. No es ni más amplia ni más profunda, en su parte consagrada a Grecia, la obra del profesor Atkins, que publicó la Universidad de Cambridge.\* En *El deslinde* (1944) y en muchas páginas de *La experiencia literaria* (1942) ha llevado a extremos poco o nada explorados en nuestro idioma diversas cuestiones fundamentales de la técnica y la filosofía de la literatura.

Pero estas investigaciones ni agotan ni satisfacen totalmente su espíritu selecto y múltiple. Sigue cultivando la poesía y otros géne-

\* Literary Criticism in Antiquity. Londres, 1934. 2 vols.

ros de expresión personal. Porque este varón literario se mueve en el campo de las letras como los grandes artistas del Renacimiento se movían en el mundo de las formas, encontrando, como ellos, deleite y necesidad lo mismo en las líneas del dibujo y los moldes del relieve que en el vuelo arquitectónico de la cúpula y el perfil dentado de la muralla.

Antonio CASTRO LEAL.

Prólogo al libro de A. Reyes, *Dos o tres mundos*.

México, 1944. Letras de México, págs. 7-10.

## SEMBLANZA DE ALFONSO REYES

“Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y continuaré escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos”, escribe Alfonso Reyes en 1922 (1).

Si aceptáramos sólo el sentido literal de estas palabras vertidas en su primer obra de versos, pensaríamos no solamente que es la creación poética la que domina en este escritor, sino que es la que constituye su forma vital de expresión. Pero no ha constituido aquella la actividad única de su vida, si bien empeño caro es éste para él, que continuará realizándola “hasta el fin”, según nos asegura.

Personalidad multifacética, Alfonso Reyes ha preparado trabajos y ediciones eruditas de grandes clásicos de las lenguas española y francesa, ha desenvuelto la diversa gama de géneros literarios desde el cuento hasta el enjundioso ensayo filosófico, así como ha cultivado con maestría la crítica literaria.

Poeta, cuentista, ensayista, crítico literario, erudito, Alfonso Reyes es además un consumado humanista. A su erudita preparación filológica lograda principalmente en el *Centro de Estudios Históricos de Madrid*, une hondas raíces humanistas afirmadas aquí y allá, en el curso de sus continuos viajes en el servicio exterior de su país. A este ha dado buena parte de su vida.

Descontando las naturales inclinaciones temperamentales, tal vez al continuo caminar de pueblos y pulsar de sensibilidades diversas debe en parte Alfonso Reyes la extraordinaria sensibilidad artística que le permite moverse con tanta donosura en los diferentes géneros literarios y que le ha asegurado lugar prominente entre los grandes escritores de América.

(1) Alfonso Reyes, *Huellas*. México: Ediciones Botas, 1922. p. 7.

Su obra es vasta, dispersa en revistas, periódicos, “libros misceláneos, escritos al azar de la vida; en lecturas públicas, preparadas al acaso de los viajes para los distintos países y las más diversas ocasiones” (2), según nos explica él mismo.

Múltiples son los intereses que le mueven, pues en él “parecen concitarse todas las sugerencias, intuiciones, teorías y trazados mentales, al conjuro de la pluma que corre sobre el papel o al golpe con que la máquina de escribir va marcando cada una de sus letras” (3), como ha dicho Enrique Díez-Canedo.

Tal es la viveza de su espíritu, la fuerza de su temperamento eminentemente artístico, que su producción literaria ofrece el más variado conjunto de temas y asuntos que puede preocupar a un investigador, a un humanista, a un artista.

Mexicanísimo en *Visión de Anáhuac*, en donde entrega la poetizada expresión de “la región más transparente del aire”, Alfonso Reyes es sobre todo un espíritu universalista. “Mexicano universal” (4) ha dado en llamarlo el crítico literario y ensayista cubano Medardo Vitier, y en efecto, Alfonso Reyes es siempre, esencialmente, un universalista que recoge las preocupaciones creadoras del *hombre-humanidad*.

La obra de creación artística, así entiende, sobrepasa las estrechas fronteras de los cerrados nacionalismos, porque el *poeta* —el hombre hacedor— por encima de todo piensa y debe pensar en el *hombre-humanidad* y como *hombre-humanidad*.

La rica variedad de temas, asuntos y géneros de expresión literaria en Alfonso Reyes, sin embargo, no produce una obra inar-

(2) Alfonso Reyes, *Ultima Tule*. México: Imprenta Universitaria, 1942. p. 5.

(3) Enrique Díez-Canedo, *Letras de América*. México: El Colegio de México, 1944. pp. 243-244.

(4) Medardo Vitier, *Del Ensayo Americano*. México: Ediciones Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica. 1945.

mónica, porque lo que predica Gabriel Méndez Plancarte acerca de su producción poética puede muy bien aplicarse a la casi totalidad de su producción: "Alfonso Reyes es la síntesis armoniosa de la aparente antítesis vital: clacisismo auténtico y ávido modernismo, originalidad potente y fervoroso acatamiento a los eternos valores" (5). Y es porque Alfonso Reyes, por encima de todo es artista además de hábil artífice. Maestro de la prosa airosa y transparente de *Visión de Anáhuac*, así como de la prosa precisa y sentenciosa de *El Deslinde*.

Ultimamente, alejado del servicio diplomático, Alfonso Reyes ha sentido la necesidad de crear libros de mayor envergadura, de envergadura orgánica, entre los que nos entrega: *La Crítica en la Edad Ateniense*, en 1941; *La Experiencia Literaria*, en 1942; *La Antigua Retórica* en 1942 también y *El Deslinde* en 1944. Obras en las que recoge nuestro escritor su experiencia alquitarada por su fina sensibilidad y que ofrece a todos, pero sobre todo a la juventud de Iberoamérica, para quien se convierte desde ese momento en su más celoso tutor. Porque maestro también es Alfonso Reyes. "Hemos llegado", nos dice, "a aquella edad en que nada se ambiciona tanto como transferir a tierra nueva y jugosa el arbusto que nos ha tocado educar. Y más ahora que el jardín humano se ve pisoteado por la locura" (6).

Ha llegado la hora de que los verdaderos intelectuales tomen la dirección de la juventud. Ha llegado la hora de plenitud para Alfonso Reyes y el hombre cumplido que es, siente la necesidad de darse a quienes necesitan su orientación y estímulo creador, se siente tocado de la noble misión del maestro, y maestro de juventudes es, pero sobre todo, de la juventud inquieta de Iberoamérica.

Maestro es Alfonso Reyes, decíamos, y no sólo profesor, que

(5) Gabriel Méndez Plancarte, *Horacio en México*. México: Ediciones de la Universidad Nacional, 1937. p. 259.

(6) *El Deslinde*. Alfonso Reyes, México: El Colegio de México, 1944. p. 11.

profesor puede serlo quien quiera que esté bien informado sobre unas materias. Quienes le conocimos en la intimidad de *El Colegio de México*, del cual es presidente, y gozamos allí el privilegio de una charla personal en momentos de descanso en aquella Institución, quienes le oímos en conferencias y le vimos luego alternar sencillamente con maestros y discípulos en las giras de *El Colegio*, sabemos que don Alfonso es un maestro. Maestro en el decir, maestro de entusiasmo y sugerencias extraordinarias, maestro de actitudes; hombre de carne y hueso que ha sabido vivir la vida plena del espíritu sin renunciar jamás al goce pleno de la vida cotidiana que vive con fruición, con gusto y amor verdaderos.

Lejos, muy lejos de su personalidad la actitud apergaminada y llena de reservas con la cual suele caricaturizarse al clásico humanista. Su trato afable y lleno de calor humano le pone de inmediato en comunión con sus oyentes. Tiene el don maravilloso de la comunicación simpática, que juega en su bien timbrada voz, pausada y acariciante y que se cuela aun en muchos de sus escritos.

No es Alfonso Reyes hombre atormentado ni angustiado espiritualmente. Sereno, tranquilo, reposado, da la impresión del hombre encontrado en su propio centro. Es hombre *todo encuentro*.

Por eso tal vez, y por el sentido apostólico de su honda labor americanista, es que Alfonso Reyes es hoy uno de los más escuchados exponentes del americanismo cultural y político y el más traducido de los escritores mexicanos.

Preocupa a Reyes el desarrollo político e ideológico de este Nuevo Mundo que, en su aspecto espiritual, aun es tierra virgen. *Terra incógnita* para extraños y propios, pues aun no nos conocemos. "La antología de errores que, en materia de información precisa, cometemos al hablar unos de otros, avergonzaría al Continente" (7), exclama dolorido.

(7) *Ultima Tule*. p. 100.

Señala la necesidad de conocernos a nosotros mismos y plantea la obligación que tiene el intelectual americano de tomar parte en la vida activa social, la intervención polémica, la actividad política. "La política no es coto cerrado", afirma. "Todo acto humano se refleja en la *polis* y todo redundará en bien o en mal de la convivencia entre los hombres. Cuando los intelectuales de América se hayan dado la mano, habrá cambiado fundamentalmente la vida política americana" (8).

Americanismo de hondas raíces éste, que quiere hacer justicia a todos los problemas y para ello señala tanto las virtudes como la desorganización de la vida americana, y cifra toda su fe en el porvenir en la acción constructiva de la educación. "La educación, última instancia de la función política", nos dice, "tiene que inculcar pacientemente los nuevos hábitos mentales que hagan posible la existencia de la juventud y la conservación del decoro humano. Y la ciencia social tiene que investigar este caos en que ahora nos debatimos, abrir veredas, jardinar maleza, y dictar así los preceptos en que ha de fundarse la educación" (9).

La educación debe hacer consciente al hombre de la América Ibero de que, "Lo que América es, lo que representa en este vuelco de la historia que presenciamos, debiera constituir una preocupación diaria y constante de todos los americanos: de los estadistas, de los escritores, de los maestros, de los directores de pueblos en el más amplio sentido de la palabra, de las juventudes universitarias llamadas a dar las orientaciones futuras, de las mismas masas infantiles a quienes, como ejercicio espiritual, debiera proponerse todas las mañanas una pequeña meditación sobre el sentido humano y los destinos del Nuevo Continente" (10).

En su americanismo, Alfonso Reyes aboga por un desarrollo

(8) Op. cit., pp. 103-104.

(9) Op. cit., p. 181.

(10) Op. cit., pp. 181-182.

pleno de las potencialidades americanas *dentro* de las realidades americanas y rechaza la práctica de transplantación política que hasta aquí ha ocasionado tanto daño a la América Ibero. "Mientras no aparezca el genio que descubra las fórmulas de nuestro lenguaje político", dice, "semejante mal será inevitable; y las realidades americanas, torcidas en la traducción, hasta resultarán muchas veces inútiles y artificialmente empeoradas" (11). Hay que hacer incesantes esfuerzos por erradicar este mal.

Pero a pesar de su americanismo, Alfonso Reyes es un universalista político que entiende que "Por sobre los intereses de clases, de partidos y de países, están los intereses supremos del hombre, y son estos los que quedan a cargo del orden intelectual" (12).

Vemos, pues, que el americanismo de Alfonso Reyes constituye un llamamiento a los intelectuales del Nuevo Mundo para una cruzada del espíritu. Cruzada que, huyendo de los caminos de la distorsión y la violencia y además de los estrechos y mal entendidos nacionalismos, pueda ofrecer mañana un amanecer distinto a la humanidad; porque América, *Ultima Tule* del espíritu, tiene el compromiso de continuar, sobre todo en esta hora de confusión, la obra creadora de la cultura. Y la cultura para Reyes "no es un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial al hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aun lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla

(11) Op. cit., pp. 192-193

(12) Op. cit., p. 107

es conservar y continuar al hombre" (13). Esta es la noble misión a la cual se siente llamado Alfonso Reyes.

Monelisa Lina PÉREZ-MARCHAND.

Programa de Radio,

Asociación de Graduados,

Puerto Rico. 1944.

(13) Op. cit., p. 245

## EL DESLINDE

Alfonso Reyes.—(Ediciones de *El Colegio de México*, 1944)

El menosprecio por la literatura es un achaque moderno que no ha escapado a los observadores. Podría hacerse un buen acopio de referencias sugestivas. En el prólogo de *El caso Wagner* Nietzsche limita el objeto de nuestras conversaciones: "todo lo restante —agrega— es charlatanería, *literatura*, falta de disciplina". Baudelaire en *El arte romántico*, caracteriza a los verdaderos literatos, en quienes, a su juicio, es inevitable en cierto momento el "horror a la literatura". Por su parte, la generación simbolista propaló hasta el cansancio la alusión despectiva de Verlaine: "Et tout le reste est littérature". ¿Qué raíz de resentimiento se oculta bajo esta denuncia —verdadero harakiri— de grandes poetas y escritores? ¿Qué apetito de esencias espirituales los lleva a flagelarse públicamente? Aquí sólo nos interesa indicar su afán no formulado de fijar la línea divisoria de las aguas profesionales.

De todos modos, dicha confesión de parte nada tiene que ver con cierta subestimación social de la literatura. En una reunión de personas medianamente ilustradas, cualquiera se siente con derecho a pronunciarse sobre esa actividad como si se tratara de un terreno baldío de la cultura. El más profano niega, afirma, opina y hasta se burla a su antojo, libre del escrúpulo que le inspiraría, por ejemplo, expedirse sobre una receta culinaria. Muchos se reconocen analfabetos en las distintas artes; casi ninguno en literatura. Más aun: el cientificismo ha inculcado tales prejuicios que cuando se habla de investigadores, se los admite en cualquier orden del saber, excepto en la literatura. ¿Una investigación exacta sobre el placer que experimenta el lector de novelas? Esto si que no lo toma en serio un lector que se respeta. ¿Dónde está el laboratorio? —parecen preguntar sus labios sellados por el asombro, henchido de suficiencia.